

JOSÉ MARTÍ EN INGLÉS

Por Eduardo Lolo

Toda cultura trae consigo, como un elemento fundamental, la lengua que la crea y es, a su vez, creación propia. Pero dada la condición humana de todas las culturas, nada cultural nos es ajeno. ¿Cómo penetrar entonces una cultura si la puerta de entrada por antonomasia nos es vedada por desconocimiento de su lengua? Vienen entonces a nuestro rescate los traductores, los estudiosos bilingües o políglotas capaces de navegar en diferentes mares lingüísticos, traspasando voces, ideas, sentimientos y sueños de una cultura a la otra mediante el puente de sus creaciones.

José Martí, en una época en que muy poco sabían la cultura hispana y la anglosajona una de la otra, fue uno de los primeros de darse a la tarea de acercarlas. Es harto conocido el alcance de sus esfuerzos por dar a conocer en Hispanoamérica la cultura al norte del río Bravo. Sus crónicas y ensayos sobre temas norteamericanos constituyen el primer intento por acercar a las dos mitades de América más allá de las guerras, las anexiones territoriales, y la desconfianza y resentimientos resultantes. Gracias a la objetividad de sus observaciones y la calidad de su prosa, los EE.UU. y su cultura dejaron de ser producto de ‘bárbaros advenedizos’ agigantándose inexplicablemente a los ojos de sus alarmados vecinos del sur. No hay en su visión del coloso del norte ni loas genuflexas ni críticas venenosas: lo positivo y lo negativo, lo alcanzado y lo aún soñado se mezclan en un todo que permitió a los lectores de más de 20 publicaciones latinoamericanas comenzar a entender de veras el cómo y el por qué de los pasos de siete leguas de sus prepotentes vecinos del norte, con todas sus virtudes y defectos.

Menos conocido es su esfuerzo en sentido contrario: propiciar a los lectores norteamericanos un atisbo de la cultura hispana, como que detenida a los ojos anglosajones en tiempos de la Conquista. En efecto, una rápida lectura de los periódicos y revistas norteamericanas de la época asombra por la carencia de temas hispanos. Tal parecía que España no estaba en Europa y que América era solamente la parte norte del continente, al punto de que a la postre terminaría por convertirse en su identificación única. Tan así era que cuando en Europa se decía “viajar a América”, no significaba otra cosa que viajar a los EE.UU., como si el inmenso resto del continente y sus raíces culturales ibéricas fueran algo aparte y lejano; un continente segregado, a medio camino cultural entre “América” y quién sabe qué ni dónde.

La falta de intelectuales anglosajones capaces de estudiar y dar a conocer a sus lectores qué era la cultura hispana pudiera aceptarse como una razón válida. El español no era considerado en esa época una lengua importante. El mismo idioma inglés tampoco lo era entonces, de alguna forma relegado a lengua regional por la internacionalización del francés. Remedaban entonces las culturas hispana y anglosajona esas tribus vecinas de África o la América precolombina incapaces de comunicarse entre sí pese a compartir selvas y desiertos, peligros y sueños semejantes. Y no hay duda que del desconocimiento sólo se puede llegar a la desconfianza, la subestimación y, como peligroso producto final, a la discriminación. No debe extrañar a nadie que los norteamericanos decimonónicos vieran a los hispanos, en sentido general, como conquistadores de armadura o indios con levitas, y los hispanos a los norteamericanos como bárbaros sin cultura ni refinamiento.

Martí no tardó en percatarse de semejantes malentendidos. Y a “desfacer” ese entuerto se dedicó, con pasión y honestidad, al tiempo que concentraba sus energías mayores a la tarea, de todos conocida, que le reservaría el sitio histórico que aún detenta.

Lo ayudaría en el intento su conocimiento del idioma inglés. Aun antes de llegar a los EE.UU. Martí venía preparándose para dominar la lengua del país donde viviría, fundamentalmente, su vida adulta. Escribe a un amigo, desde Madrid, en 1879: “Estudio inglés, con fervor tenaz”. Conjeturo se trataba de estudios autodidácticos, con todas las deficiencias (a pesar de todos sus alcances) que el autodidactismo conlleva. Pero llama la atención, en la concisa información, la forma en que califica el joven desterrado la acción: con fervor tenaz. Si hay dos elementos que pudieran utilizarse para calificar todas las acciones martianas son precisamente esos: fervor y tenacidad. No en balde sus alcances en todos casi todos los órdenes de la vida que apurara.

Llegado a Nueva York en 1880, su experiencia como crítico de arte propicia que lo inviten a escribir en *The Hour* lo que él llamaba “revista artística”. En ese periódico Martí escribe, fundamentalmente, críticas y crónicas relacionadas con las artes plásticas. Sus “Art Notes” se destacan por el carácter plástico de la prosa misma, como si para reseñar una exposición o comentar un cuadro tomara Martí prestados óleos, lienzos y pinceles, en que la palabra deviene en trazo más allá de su significado. En la crónica “The Metropolitan Museum” el lector va de la mano de Martí al conocido museo, pero viéndolo a través de sus pupilas, que lo recrean; es, entonces, el mismo museo, y a la par otro: como si a la genialidad no le bastara con una sola realidad. Un tanto igual puede señalarse de “The Stebbins Gallery” o “The Fifty-Fifth Exhibition.”, paisajes de paisajes en que los cuadros cobran vida e interactúan los unos con los otros. En otras oportunidades el crítico/cronista (porque ambas cosas iban de la mano en esta faceta del genio martiano) se centra en una sola figura, como en sus trabajos “Edouard Détaillé”, “Fortuny” o “A Polish Painter”. En esos casos el paisaje deviene en retrato: el retrato del artista a través de su propia obra. Al final de la lectura puede que el público no llegue a tener una visión clara del rostro del pintor, pero ha quedado deslumbrado por su alma, nítida en la imagen de la palabra martiana.

Los trabajos de Martí en inglés ampliarían su alcance temático en *The Sun*, otro periódico neoyorquino, pero de influencia nacional. Dirigía el diario entonces Charles A. Dana, gran amigo de la causa cubana. Es más, mucho antes de llegar Martí a Nueva York, ya la historia de la isla estaba íntimamente ligada al periódico. En efecto, fue en su edificio, todavía en pie en el Bajo Manhattan, donde primero se izó públicamente la bandera cubana. Desde su asta saludó a los asombrados neoyorquinos la enseña de la estrella solitaria de mayo a septiembre de 1851, en solidaridad con la malograda gesta anticolonialista de ese año, cuya figura más conocida sería la de Narciso López.

El tiempo que Martí fue colaborador del periódico es motivo de polémica. La alimenta el hecho que entonces era estilo de *The Sun* y otras publicaciones contemporáneas no identificar siempre las colaboraciones con los nombres de los autores. En efecto, el uso permanente del llamado “by line” no se haría general si no a finales de ese siglo y principios del siguiente. Muchos de los trabajos publicados en *The Sun* en los años 80 y 90 del siglo XIX carecían de crédito; algunos aparecían calzados solamente con unas iniciales. Carlos Ripoll y Manuel Tellechea reducen el período de colaboración de Martí en el diario de Dana de 1880 a 1881; Manuel Pedro González e Iván Schulman lo extienden hasta 1892 y 1895, respectivamente. Lo cierto es que aunque Martí y Dana como que se distanciaron por motivos de política local, mantuvieron las mejores relaciones hasta poco antes de la muerte del cubano. En efecto, en 1892 Martí escribiría sobre Dana y éste, en reciprocidad, reafirmaría su apoyo a la causa cubana en un artículo en *The Sun*. Y a la muerte de Martí escribiría Dana (en traducción mía):

Conocimos [a Martí] muy bien y por largo tiempo. (...) sus ideas y conclusiones [refiriéndose a sus escritos] eran originales y brillantes. Fue un hombre de genio, de imaginación, de esperanza y de coraje... (...) Su corazón era cálido y afectivo, sus opiniones ardientes e inspiradoras, y murió como un hombre de tales características debería desear: luchando por la libertad y la democracia. (...) Héroe como él no hay muchos en el mundo.

La alta estima, tanto en lo personal como en lo profesional, que le tenía Dana a Martí era tal, que ideó un procedimiento verdaderamente ingenioso para tratar de superar las dificultades surgidas por el limitado conocimiento del inglés que a la sazón tenía el joven exiliado. Así, como quiera que el francés era en ese entonces *la* lengua internacional (de amplio dominio en el estamento intelectual norteamericano), Dana le propuso a Martí escribir sus crónicas en francés, las cuales él se encargaría de traducir al inglés. De esa forma buscaba el editor permitirle al genio martiano una vía de comunicación más amplia y cercana a su lengua nativa, donde pudiera hacer mejores galas de esas ideas y conclusiones originales y brillantes que ya él le había identificado en su deficiente inglés. El artificio dio resultado: los textos traducidos resultantes publicados entre 1881 y 1882 en *The Sun* son contentivos, indiscutiblemente, de la voz martiana. A pesar de haber sido presumiblemente ‘sentidos’ en español, originalmente escritos en francés, y finalmente publicados en inglés, destilan esa carga de genio, imaginación, esperanza y coraje que caracterizan los escritos en castellano de Martí y que tan bien supo reconocer Dana en otras lenguas.

En *The Sun* continuó Martí sus ‘revistas de arte’, las que dedicó a dar a conocer a los anglosajones los mejores pintores españoles del momento, cuyas obras había conocido en exposiciones y colecciones privadas durante su estancia en España. Así, en marzo del 81 publicó su semblanza “Mariano Fortuny”, sobre quien ya había escrito en *The Hour*. Unos meses después, en octubre del mismo año, publica “One of the Greatest Modern Painters. The Career and the Works of the Spaniard, Eduardo Zamacois.” La crónica, lienzo ella misma, es un paisaje de la España de la época con Zamacois inserto; pintura donde pinta el pintor a través del lenguaje, la palabra vuelta a su condición prístina de trazo.

La literatura, como es lógico, no podía faltar. Se destaca en este tema “Modern Spanish Poets”, publicada en noviembre de 1880. Todo parece indicar que se trata del primer intento de hacer llegar al lector común estadounidense una visión objetiva de los entonces modernos poetas españoles. El trabajo tuvo tal impacto, que unas dos décadas después todavía lo recordaba Dana con admiración; y conste que estamos hablando del director de un periódico que, por profesión, tenía que leer no solamente todas las colaboraciones que publicaba, sino lo que editaba la competencia, de donde puede deducirse que durante esos años había leído miles de crónicas, artículos, editoriales y reportajes, ¡pero el artículo de Martí no lo había olvidado! La importancia de este escrito rebasó, incluso, su medio en inglés. Tal parece que ni siquiera en español había aparecido en Hispanoamérica un trabajo tan profundo y a la par sintético sobre la moderna poesía española, ya que traducido poco después al castellano fue editado en, al menos, dos publicaciones de importancia: *Repertorio Colombiano*, de Bogotá, y *La Opinión Nacional*, de Caracas. Teniendo en cuenta sus re-ediciones, es de suponerle un impacto en nuestra lengua semejante al que tuvo en inglés. Esa conmoción en editores y lectores es algo que Martí, escribiendo en español, repetiría luego con cada una de sus crónicas norteamericanas. Pero lo que llama la atención de esta versión española de “Modern Spanish Poets” es que lo recibido por los lectores hispanoamericanos fue la traducción de una traducción; que es decir, algo muy

lejano al original en español, si es que llegó a existir tal, pues lo más probable es que Martí lo haya escrito originalmente en francés. No deja de asombrar, incluso hoy en día, que hasta a través de semejante deambular lingüístico haya podido Martí cautivar a editores y lectores a la par como lo hizo con este trabajo.

Pero era la cultura hispana en su conjunto, y no solamente la literatura y la pintura, lo que Martí se propuso colocar frente a sus lectores anglosajones. Lógicas alabanzas y justas críticas, según ese ideario que ya venía formando desde su adolescencia, permean crónicas tales como “The Court of Spain”, “A Spanish Queen’s Career”, “The Bull Fight”, “A Queen Baby”, “The Spanish Volcano”, y “The European Gypsy”, publicadas todas entre junio y septiembre de 1880. Si no España toda, al menos Madrid desfila por esas crónicas, que van de la aristocracia a los gitanos, del teatro a los toros, de los cafés a las iglesias. Al final, según los madrileños que presenta Martí, el verdadero rey es el torero y la monarquía un absurdo. Esa versión, como es lógico, no debe extrañar: las ideas antimonárquicas de Martí, que muy bien recibían por lógicas razones sus lectores norteamericanos, saturan la mayor parte de estas crónicas. De ahí que termine “The Court of Spain” hablando de “the smell of powder that is breathed, the slow but threatening movements of the Spanish democracy.”

Las críticas martianas se agudizan contra Isabel II, destronada madre del rey Alfonso XII, cuyas bodas con la archiduquesa de Austria, María Cristina de Habsburgo, había presenciado personalmente Martí. Su “A Spanish Queen’s Career” resulta una semblanza de polaridad inversa a la de Zamacois o Fortuny. De Isabel dice que “She has only the bad points of the Spaniard character combined with recklessness and nervous outburst.” La costumbre del “besamanos” sirve a Martí para llevar la condición absurda de la monarquía a niveles incuestionables; los cortesanos terminan reducidos a la condición de animales domesticados. Incluso una crónica al parecer anodina como “A Queen Baby” le sirve a Martí para dar a conocer a sus lectores norteamericanos las intrigas e iniquidades de la vida en la Corte de Alfonso XII.

Pero la más ambiciosa de las crónicas sociales martianas considero resulte su “The Spanish Volcano”, de septiembre de 1880. Es un fresco colosal del Madrid contemporáneo, donde se desplazan los más importantes y/o representativos personajes de la época con todos sus colores históricos. Aquí Martí recrea, en una imagen de conjunto que es, al mismo tiempo, minuciosa, lo observado y vivido en el Madrid recién dejado atrás. No hay en toda su obra una imagen española más cáustica que la del Madrid afrancesado que despliega, ni más sintética. Con unos pocos brochazos retrata de cuerpo entero a personajes tales como el General Serrano y el escritor José Echegaray, Sagasta, Pi y Margal, Castelar. En fin, un amplio mosaico de los personajes y las condiciones políticas de la España de esos tiempos.

Más personal resulta su crónica “The European Gypsy”, de septiembre de 1880. El tema de los gitanos lo trataría Martí, directa o indirectamente, en otros trabajos suyos en español. Tal parece que su contacto directo con las tribus nómadas en España lo marcaría para siempre. La visión ofrecida en esta crónica, sin embargo, dista mucho de presente en las anteriores. Aquí como que Martí retoma la imagen del gitano producida por los escritores románticos que le precedieron, sin hacer aporte alguno; le falta el hálito modernista, la incisión del pensamiento profundo, la crítica aguda. El gitano, según el Martí de esta crónica, tiene más del “buen salvaje” que del orgulloso egipcio destituido; consecuentemente su depauperación, su desesperanza y su tragedia se tornan folklore. Salvo por la calidad de algunas imágenes poéticas, cuesta trabajo creer que se trate de un trabajo martiano. De ahí que, como quiera que no está firmado, casi resulte irresistible la tentación de adjudicárselo a cualquier otro autor. Pero “The European

Gipsy”es de Martí, sin lugar a duda. Afortunadamente, Martí mismo se encargaría de dar, en al menos otro trabajo posterior, una visión más cercana a la que esperamos de su genio.

Otro es el caso de “The Bull Fight”, de julio de 1880. Tomando como justificación el anuncio de una corrida de toros en Nueva York, Martí describe cómo se desarrollaba semejante actividad en España. Es una crónica de fuertes pinceladas impresionistas que, a ratos, se torna expresionista. La palabra aquí se hace bárbara, como la actividad misma que retrata; el folklore deviene en tragedia. Al final la masa humana se deshumaniza y el toro como que se vuelve un poco humano al convertirse en algo así como un representante de todas las víctimas de la barbarie. Resulta sumamente significativo que Martí, nacido y criado en un medio donde las corridas de toros constituían un espectáculo de entretenimiento aceptado y aplaudido por la sociedad, no tuviera reparos en expresar su censura. Otro ejemplo más de la influencia de la cultura norteamericana en sus convicciones y de la proyección de su genio hacia el futuro.

En todos esos trabajos Martí trata de presentar a los lectores anglosajones una visión de primera mano del mundo español contemporáneo. En ello creo intuir un propósito de acercar a los lectores de *The Sun* a las raíces de la cultura hispanoamericana en Europa como paso imprescindible para entender la de sus vecinos del sur. Era necesario que los norteamericanos vieran la conexión entre Hispanoamérica y España a partir de la conocida entre los EE.UU. y la Gran Bretaña; que España era para la América Hispana lo que Inglaterra había sido para la anglosajona. El corolario implícito acercaría a los americanos de una y otra raíz cultural europea; lo común en pugna con lo diferente. Los símiles se hacen más patentes cuando Martí se aparta del arte propiamente dicho y se convierte en cronista social, en el verdadero sentido del término. Su descripción de la aristocracia española era del todo cónsona con la imagen que los norteamericanos tenían de la inglesa. Consecuentemente, era tan lógica la rebelión de los hispanoamericanos contra esa Europa decadente como la de sus vecinos del norte contra la británica. Es más, hay pruebas de que Martí intentó extender sus crónicas en inglés más allá de España para incluir temas hispanoamericanos. En ese sentido, una carta suya de 1884 habla de una concertación con Dana para la redacción de un grupo de trabajos (“cartas de viaje” los llamó Martí) sobre Hispanoamérica. Existen unos apuntes en francés titulados “Un voyage á Venezuela” que a todas luces parecen ser para una crónica para *The Sun* que Martí nunca escribió o que, de haberlo hecho, no llegó a publicarse. En realidad los viajes que iban a servir de fuente para esas crónicas no se materializaron entonces y ya después la dedicación total de Martí a la causa de la independencia de Cuba al parecer le hicieron imposible seguir con sus colaboraciones en *The Sun*. En todo caso, creo queda fuera de toda duda su intención de extender el mundo ‘conocido’ por los lectores neoyorquinos de entonces más allá de su versión anglosajona, abriendo esa puerta de entrada a la cultura española que hasta Martí había permanecido prácticamente cerrada para el norteamericano promedio.

Todas las crónicas de Martí publicadas originalmente en inglés en *The Hour* y *The Sun*, quedaron como al margen de los esfuerzos de recuperación de la obra martiana que comenzara Gonzalo de Quesada tan temprano como a inicios del siglo XX. Es cierto que éste ya pensaba desde 1909 buscar en los periódicos neoyorquinos los trabajos de su maestro; pero esa labor se le quedó en la intención. La edición de la Editorial Trópico de las *Obras Completas* de Martí en 1936, con la publicación de 5 crónicas, resulta el primer intento que conozco de rescatar los trabajos en inglés de Martí. Son las mismas que se reproducirían en las ediciones de la Editorial Lex (1946) y la Editorial Nacional de Cuba (1963-1966). Hubo que esperar hasta la séptima década del siglo XX para que se comenzara una gestión más seria de recuperación de todo ese material martiano desconocido por los lectores modernos. Se encargaría de hacerlo el

renombrado investigador martiano Carlos Ripoll, quien localizaría las crónicas sobre Fortuny y Zamacois y las daría a conocer, en una edición bilingüe, en la *Revista Cubana* que dirigiera a finales de los años sesenta en Nueva York. Es de señalar que estas crónicas fueron reproducidas en Cuba en el tomo 28 de las *Obras Completas* de Martí sin mención alguna a la fuente de donde las tomaron. Años más tarde, esta vez en colaboración con Manuel A. Tellechea, Ripoll publicaría otras cuatro crónicas más, de nuevo en edición bilingüe.

Iván Schulman, otro conocido estudioso de la obra martiana, también se ha dedicado a la búsqueda de crónicas de Martí en inglés, y proclama haber identificado centenares de trabajos no asociados con Martí anteriormente. Según Schulman, Martí siguió escribiendo en *The Sun* hasta poco antes de su muerte, ya que le atribuye todo lo publicado en ese periódico, hasta abril de 1895, bajo la firma de “M. de S.” Carlos Ripoll y Manuel A. Tellechea no comparten esa teoría, basando su desacuerdo en cuestiones tanto estilísticas como históricas. Los argumentos de estos últimos me parecen convincentes; fragmentos de cartas de la época que reproducen apoyan sus interpretaciones. Pero, como quiera que no he leído todas las crónicas atribuidas a Martí por Schulman, no puedo dar una opinión profesional al respecto.

De todas formas, tratándose de una decena o de un centenar, lo cierto es que las crónicas de Martí publicadas en inglés constituyen el primer intento serio en los EE.UU. por dar a conocer al lector común norteamericano la cultura hispana. Ubicado por su raíz cultural y su residencia como exiliado en el medio de los dos mundos, Martí extendió una mano en cada dirección, propiciando un atisbo doble y bidireccional de dos culturas que, con los años y los cambios demográficos, se llegarían a conocer mucho más, influyéndose mutuamente en el proceso. Poco más de un siglo después de escritas esas crónicas, los hispanos constituimos la minoría más numerosa en los EE.UU. Y la cultura norteamericana, de la mano de su cine, su música y otras expresiones artísticas, es (para bien o para mal) la cultura más popular en el mundo, incluyendo todas las comunidades y países hispanos. Hizo bien Martí en presentarnos en época tan temprana. Sus crónicas sobre los EE.UU. en español y las publicadas en inglés sobre la cultura hispana, constituyen uno de nuestros primeros estrechones de manos. Debe mucho a ese encuentro inicial el abrazo del presente.

(Lolo, Eduardo. “José Martí en inglés.” *Círculo: Revista de Cultura*. Vol. XXXIII, 2004. Páginas 12-20.)